

CAPITULO XV

MI VIAJE A CORDOBA Y EL REGRESO A BUENOS AIRES

Después del año 1930 fueron muchos los acontecimientos que se sucedieron unos tras otros. Los hechos políticos y sociales, tenían a la República Argentina en una expectativa general y sumidos en el dolor y el asombro a todos sus habitantes.

La llegada al poder del General Justo, la represión que se seguía ejerciendo sobre la clase trabajadora y el pueblo, predisponía los ánimos para grandes acontecimientos. Todos los días se esperaba una nueva revolución, y el partido Radical, que había sido despojado del poder por Uriburu así lo prometía, ya que sus componentes eran también perseguidos y encarcelados. Fueron años de zozobra, intranquilidad y desconcierto general para todos los que habitábamos este país.

El 1934 recibí una carta de los compañeros de Río Negro. donde me pedían si yo podía averiguar algo sobre el paradero de diecinueve compañeros que hacía más de seis meses habían sido detenidos y metidos en un vagón del ferrocarril, llevándoselos con rumbo desconocido. Yo hice cuanto me fue posible para averiguar algo sobre esos compañeros, pero todo fue inútil; creo que nunca más se pudo saber de ellos. Naturalmente que este hecho y otros muchos en los que tuve que ser protagonista, por tener que acompañar a las madres y compañeras que se dirigían a las cárceles en busca de sus hijos o compañeros, dejaban en mí el dolor que laceraba mi corazón, al comprender la imposibilidad de poder hacer algo ante tanta injusticia.

Así fueron pasando varios años de desorientación y dolor, sola con mis hijitos y a la expectativa de cuanto estaba sucediendo.

En el año 1937, mi hijo se enfermó de pleuresía y me vi obligada a internarlo en el Hospital Ramos Mejía, donde estuvo bastante tiempo, con lo que me trajo muchos trastornos.

El doctor Gregorio Aráoz Alfaro, que era quien lo atendía, le hizo un tratamiento muy severo, pero mejoraba un tiempo y volvía a recaer, sucediendo esto dos o tres veces, pues tenía una lesión fibrosa en un pulmón y al menor esfuerzo que hacía recaía de nuevo. El doctor me dijo que había que tomar en serio las recaídas porque podría sobrevenir una tuberculosis y me aconsejó que lo llevara a Córdoba, donde el aire se encargaría de curarlo; como así fue.

Este consejo dado por una eminencia como lo era el doctor Gregorio Aráoz Alfaro, debía ser tomado en cuenta, y no me quedó otro remedio que ver como podía trasladarme a Córdoba, pues se trataba de la vida de mi hijo.

Muchas dificultades tuve para poder organizar mi traslado, sobre todo económicas, pues ya más o menos había organizado mi vida en Versalles, y mi actuación en la Biblioteca Belisario Roldán me proporcionaba muchas satisfacciones, acompañada y estimada por muy buenos amigos y compañeros. Los sufrimientos y cosas sucedidas en años anteriores, con tanto afecto y la actividad que yo desarrollaba en esa biblioteca, se habían ido alejando de mi mente, pero he aquí que la enfermedad de mi hijo trajo como consecuencia un esfuerzo que era superior a mis fuerzas y posibilidades.

Traté de ponerme en comunicación con los compañeros de Córdoba, los que me contestaron de inmediato con alegría, al saber que pensaba irme allí, tratando de allanar algunas dificultades. Yo había estado varias veces en esa provincia; en los años 1919 y 1926 hice giras que dejaron un ambiente muy bueno, y había conocido a varios compañeros.

Me puse en seguida a trabajar para organizar el viaje y lo primero que hice fue entrevistarme con algunos amigos y familiares, buscando el modo de solucionar las cosas más difíciles del momento.

La profesora Elena Castro de Bordigone, amiga de algún tiempo, me consiguió el 50 por ciento en los pasajes y lo demás se arregló de la mejor manera posible.

A la llegada a Córdoba me esperaban en la estación los compañeros Antonio Corcoba y Manuel Taboada. Me recibieron con simpatía y cariño, como siempre me ha sucedido en cualquier parte que he llegado; y ellos se sentían satisfechos de mi llegada, porque desde la revolución de Uruburu todos los esfuerzos realizados por ellos y un grupo de compañe-

ños para realizar algún acto, reunión o conferencia, habían fracasado. Siete años de silencio sin poder hacer nada, y pensaban estos compañeros, que eran muy activos, que tal vez mi presencia que había dejado tan buena impresión con mis conferencias cuando recorrí la provincia, despertaría el interés y se podría reorganizar el movimiento obrero y la propaganda anarquista.

A mi hijo lo vino a buscar el compañero Juan Ferrer, y se lo llevó a La Falda, donde tenía una gran Fotografía; era lo que precisaba porque para su enfermedad necesitaba el aire de las sierras. Ferrer se hizo cargo de él, donde no le faltó nada y aprendió el oficio de fotógrafo. Yo con mi hija alquilamos una pieza y nos quedamos en la ciudad de Córdoba, donde fue un poco difícil encontrar trabajo, pero cuando hay voluntad todo se arregla.

Se acercaba la fecha del 1º de Mayo y en una reunión con varios compañeros, discutimos la posibilidad de hacer el 30 de abril una función, y el 1º de Mayo un mitin. El pesimismo en los compañeros era grande y se temía el fracaso, pero yo que siempre tuve en mi haber el optimismo. Con algunos compañeros que como yo eran optimistas, pusimos manos a la obra porque no había mucho tiempo que perder, ya que faltaba un mes y medio y había mucho que hacer.

Lo primero que hice fue formar con los hijos de Corcoba y Moyano, un cuadro infantil y empezamos a ensayar la obra "El Diarero" de Alvaro Yunque y el diálogo "Sombras". Los compañeros también trabajaron en la organización de la velada y el mitin que pensábamos realizar en la plaza General Paz. Permisos, carteles, todo se hizo a paso acelerado; la intranquilidad se manifestaba en todos nosotros, pensábamos en el triunfo o el fracaso, pero a medida que se iba acercando la fecha, éramos los más optimistas, porque la demanda de entradas era mucha y el entusiasmo de los compañeros de Córdoba, que siempre fue una ciudad donde eran muchos los que han respondido a nuestro movimiento, nos mantenía en plena actividad.

Llegó el 30 de abril de 1938 con un triunfo más en el haber del movimiento obrero y anárquico de la F.O.R.A. El local del sindicato de Mozos y Afines, que estaba en la calle 25 de Mayo 286, se llenó de gente, la que llegaba hasta la vereda; era un local grande, con un amplio escenario, y sin embargo fue chico para la cantidad de gente que acudió a nuestro llamado.

Fue una velada memorable, los chicos trabajaron admirablemente bien y el diálogo salió perfecto. Un compañero fakir, llamado Raf S. Mont presentó varios números de su repertorio. La iniciación del acto estuvo a mi cargo y uno de los niños Moyano hizo el monólogo "Mi Oficio", la cancionista Marta Bazán, cantó varios números de su repertorio, mi hija recitó "Elegías del Organo", poesía de Santos Chocano. El compañero Edmundo Latelaro, clausuró el acto con una conferencia que hizo vibrar de entusiasmo a todos los oyentes. Fue en suma una gran jornada que compensó ampliamente todos los sacrificios hechos. El mitin a la mañana siguiente, o sea el 1º de Mayo, se realizó sin ningún inconveniente; la plaza General Paz estaba totalmente llena de gente; hablaron varios compañeros de la localidad, y el compañero Latelaro dio una muy buena conferencia y yo clausuré el acto; la verdad es que quedamos todos muy contentos por el éxito obtenido, pues esos actos sirvieron para levantar el ánimo de los compañeros.

Al poco tiempo me invitaron del gremio de panaderos para dar una conferencia en su sede social, la que resultó muy concurrida y hablaron también algunos compañeros panaderos, que los había muy buenos y capaces de orientar a su gremio por el sistema federalista.

Así permanecí tres meses, haciendo lo que podía para ayudar a tan buenos compañeros, que se interesaban y hacían todos los sacrificios posibles, para levantar el movimiento obrero y anárquico de la ciudad de Córdoba.

Después resolví trasladarme a La Falda, donde estaba mi hijo y posiblemente la vida económica fuera más fácil para mí.

Nuestra llegada a La Falda, donde ya nos esperaban, fue muy auspiciosa; mi hijo, por supuesto, se puso muy contento porque ya nos tenía a su lado. La casa de la familia Tur, que eran muy buenos compañeros, fue por unos días nuestra casa, hasta que pude encontrar el lugar donde radicarme.

En La Falda me fue fácil organizar una tintorería que nos resolvió el problema económico, que en estos casos es el más terrible. Así empezó nuestra nueva vida, acompañada de un grupo bastante numeroso de compañeros, porque como es un lugar de mucho turismo se encontraban trabajando un buen número de ellos, con los que en el transcurso del movimiento de la F.O.R.A. nos habíamos conocido en otras ciudades de la República.

Tres años y meses me quedé en La Falda, donde me fue muy bien económicamente y mi hijo pudo restablecerse totalmente. A los pocos días de llegar me invitaron a tomar parte en la Biblioteca Domingo Faustino Sarmiento, donde esa secretario el compañero Juan Ferrer. Esta biblioteca estaba integrada por gente de izquierda, y entre ellos algunos anarquistas; desarrollaba una propaganda cultural muy importante, la que poco a poco, fuimos tratando de ampliar. Se organizaban funciones con su respectiva conferencia en los cines de la localidad, y lo mismo se hacía en el local social, donde desfilaban doctores y profesores que trataban temas científicos, sociales y culturales; se impartían cursos de labores, dactilografía, lectura y otros varios, pues contaba con un número importante de libros, los que estaban a disposición de sus asociados. Formé parte un tiempo de la comisión directiva y di varias conferencias, trabajando todo cuanto me era posible en beneficio de la cultura. Para mí era muy satisfactoria la actuación en esta biblioteca, pues acababa de llegar de Buenos Aires, donde había actuado en la Biblioteca Belisario Roldán, que era muy similar a ésta.

Ya hace años que la Biblioteca Domingo Faustino Sarmiento tiene un hermoso edificio propio de dos pisos en la calle 25 de Mayo, donde se llevan a cabo actos culturales, funciones, conferencias y todo lo que se relacione con la cultura, pues tiene un amplio escenario. Forman parte de la comisión directiva grandes personalidades científicas y pedagógicas de la ciudad de La Falda; es muy difícil, que una biblioteca iniciada y organizada por los anarquistas fracase; yo he conocido muchas, y todas o casi todas, han seguido su curso y su labor cultural.

Los compañeros que respondían al movimiento obrero de la F.O.R.A. que eran muchos, sobre todo en el gremio de mozos y confiteros, tenían el local social en la calle 9 de Julio, justo al lado de mi casa, así es que estaba en continuo contacto con ellos. Se destacaban varios y muy buenos compañeros, Julio Ruiz que era secretario del gremio de confiteros, Lanpon, Corcoba y Taboada que también habían venido a trabajar a las sierras, Ronga, García, Bravo, en fin, es imposible nombrarlos a todos, porque eran muchos los que trabajaban por el engrandecimiento del movimiento de la F.O.R.A. y sostén de sus respectivos gremios. Organizaban actos públicos en los que yo también tomaba parte; en esos años se estaba haciendo en toda la República una campaña por la libertad de

los presos de Bragado, y en La Falda se hicieron varios actos. También me invitaron para ir a Cruz del Eje, donde di varias conferencias con el mismo motivo, y allí conocí a varios compañeros, en su mayoría ferroviarios.

Es digna de mencionar la existencia de una escuela particular que todavía hoy existe en esa ciudad sostenida y dirigida por la compañera Esperanza M. de Castro, sita en San Martín 735; es una escuelita anónima por la que han desfilado muchos compañeros de Cruz del Eje; niños y adultos han aprendido allí no sólo a leer y escribir, sino a pensar y conocer muchas cosas que no se enseñan en las escuelas del Estado. Hoy, si es que vive, ya debe ser muy anciana y su labor es y ha sido de un valor que no se le ha reconocido y que ha ido pasando al olvido, por lo que yo, que visité la escuela y comprobé todo lo que trabajaba por el ideal que poseía, he querido recordarla.

Hay otra personalidad ideológica en las sierras que merece destacarse, y es la del compañero Francisco Soriano; su ancianidad y su condición económica humilde, no ha impedido que su solidaridad haya llegado a todos los rincones de La Falda. De oficio era albañil y pocos son los compañeros que viven en La Falda que no le deban algún acto de generosidad y sacrificio personal. Es un enamorado de los niños, a los que siempre ha rodeado con cariño, paseos y golosinas. Cuántas veces han aparecido en las paredes de La Falda manifiestos que él, de su peculio particular, hacía imprimir (quizá privándose de cosas necesarias) y que él mismo se encargaba de pegar y repartir.

Su capacidad ideológica y su sencillez han merecido siempre el afecto y el respeto de personalidades, como médicos, ingenieros y hasta autoridades, con quienes ha discutido y demostrado la bondad del ideal que él propagaba, sin negar jamás, en ese acercamiento, su condición de anarquista. Por eso es que yo hoy, en estas pocas letras, cuando sé que sus fuerzas físicas ya van decayendo, le rindo mi mayor respeto y aprecio, porque considero que es uno de los tantos apóstoles que van por el mundo anónimamente, sembrando el ideal anárquico que es todo belleza y bondad.

En el año 1941 regresamos a Buenos Aires y nos encontramos de nuevo rodeados de familiares, amigos y compañeros, teniendo que empezar de nuevo a organizar la vida. Mis hijos ya eran grandes, los años

no pasan en vano, y se pusieron a trabajar a la vez que seguían estudiando. Yo me establecí con una tintorería en la calle Méjico y Rincón, con lo que contribuía para el sostén económico de la familia.

La señora Elena Castro de Bordigoni era profesora de Artes Decorativas, y yo me consideraba su amiga, ya que a pesar de no ser anarquista merecía serlo por la interpretación que tenía de la vida y el amplio concepto de la solidaridad, pues era una mujer que podía ser millonaria y siempre se encontraba abocada a la más compleja defensa y sostén de presos y menores indefensos, víctimas de la injusticia social en que vivimos. Tenía unas manos de oro para los trabajos que realizaba en arte decorativo, pintura, escultura, y era profesora del Colegio Nacional de Ciegos y Casa de la Empleada. Daba cursos en muchas instituciones, casi siempre gratis, y desplegaba una gran actividad, siendo a la vez sencilla y capaz como pocas he conocido.

Me invitó a acompañarla en una exposición que pensaba hacer de arte decorativo, caricaturas, pintura y trabajos incaicos, en Radio Argentina, que en aquel tiempo estaba en la calle Florida 8; acepté y figuré como su secretaria. Mucho trabajé pues llegaban trabajos de toda la República y en los que debían figurar rostros de artistas de actualidad, por ejemplo, un delantal magníficamente bordado y en los dos bolsillos, la cara de las hermanas Legrand, artistas bien conocidas; cuadros y caricaturas de todos los artistas y trabajos magníficos como el de una casa de campo, con un brocal de pozo donde estaba parado un gaucho con una china, que le alcanzaba el mate, los dos personajes eran Ignacio Corsini y Tita Merello. La exposición tenía que durar quince días y duró un mes; desfiló por ella muchísima gente, en filas interminables y todos los artistas, pues se despertó el deseo de apreciar los trabajos donde ellos figuraban. Todos los discípulos de la señora de Bordigoni mandaron trabajos. Los últimos días de la exposición se remataron todos los trabajos a beneficio de sus autores, corriendo por cuenta de la señora de Bordigoni, todos los gastos que ocasionó la misma.

Solicitó mi colaboración varias veces para la realización de actos muy humanos, en los que ella andaba siempre metida; pero después vino el peronismo, en lo que ella creyó, y en cuyas filas empezó a actuar; entonces yo me alejé de inmediato de ella. ocasionó la misma.